

LA MERCANCÍA SOY YO: COSIFICACIÓN Y ALIENACIÓN EN EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO

*María Camila Galvis Patiño**

Resumen

Este artículo analiza la evolución del concepto de cosificación en el capitalismo contemporáneo, retomando la crítica de Georg Lukács en *Historia y conciencia de clase* para examinar cómo la lógica mercantil ha penetrado nuevas esferas de la vida humana en el siglo XXI. Partiendo de la premisa hegeliana de que la filosofía comprende un proceso histórico cuando este alcanza su madurez, se plantea que el capitalismo digital ha profundizado la alienación, transformando no solo el trabajo y las relaciones sociales, sino también la subjetividad y la identidad en mercancías. Mediante un análisis teórico-crítico, se explora cómo plataformas digitales, algoritmos y redes sociales convierten a los individuos en productos dentro de un mercado de datos y atención, exacerbando la fragmentación social y la internalización de la autoexplotación. El texto sostiene que, bajo esta dinámica, la cosificación ya no se limita a la esfera laboral, sino que coloniza la intimidad, reduciendo vínculos afectivos a interacciones cuantificables y optimizadas. Frente a esto, se recupera la tesis de Lukács sobre la lucha de clases como única alternativa para desarticular la estructura capitalista. Se argumenta que, aunque la ideología burguesa naturaliza la mercantilización total, la praxis revolucionaria del proletariado –entendida como acción colectiva consciente– sigue siendo la vía para recuperar la agencia histórica y superar la alienación. La reflexión concluye que, en un contexto de capitalismo algorítmico, la resistencia requiere trascender la denuncia individual y articular un proyecto político que dispute la producción material y simbólica de la realidad.

Palabras clave: Cosificación, Alienación, Capitalismo digital, Lukács, Lucha de clases.

THE COMMODITY IS ME: REIFICATION AND ALIENATION IN CONTEMPORARY CAPITALISM

Abstract

This article examines the evolution of the concept of reification in contemporary capitalism, revisiting Georg Lukács' critique in *History and Class Consciousness* (1923) to analyze how commodity logic has permeated new spheres of human life in

* Estudiante de Filosofía de la Universidad Libre, con interés en teoría crítica, marxismo, ontología y fenomenología.

Contacto: Mariac-galvisp@unilibre.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-1381-0094>

the 21st century. Drawing on the Hegelian premise that philosophy grasps historical processes only once they reach maturity, the text posits that digital capitalism has intensified alienation, transforming not only labor and social relations but also subjectivity and identity into tradable commodities. Through a critical-theoretical lens, the study explores how digital platforms, algorithms, and social media reconfigure individuals into products within data and attention markets, exacerbating social fragmentation and the internalization of self-exploitation. The article argues that under this dynamic, reification no longer confines itself to the workplace but colonizes intimacy, reducing affective bonds to quantifiable, optimized interactions. In response, it revives Lukács' thesis on class struggle as the sole means to dismantle capitalist structures. While bourgeois ideology naturalizes total commodification, the revolutionary praxis of the proletariat – understood as conscious collective action – remains the pathway to reclaim historical agency and transcend alienation. The analysis concludes that resisting algorithmic capitalism demands moving beyond individual critique to forge a political project contending both the material and symbolic production of reality.

Keywords: Reification, Alienation, Digital capitalism, Lukács, Class struggle.

LA MERCANCÍA SOY YO: COSIFICACIÓN Y ALIENACIÓN EN EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO

Esta célebre frase de Hegel señala que la filosofía solo puede comprender plenamente un proceso histórico cuando este ya ha alcanzado su madurez. Tomando en cuenta esta idea, podemos preguntarnos si Lukács describió la cosificación en el siglo XX, si esto es así, entonces, ¿cómo ha evolucionado en el siglo XXI? El capitalismo ha convertido todo en mercancía; el trabajo, las relaciones humanas e incluso la identidad. Georg Lukács analizó este fenómeno en el siglo XX bajo el concepto de *cosificación*, a partir del cual las personas y sus interacciones dejan de percibirse como relaciones sociales y pasan a ser objetos regulados por leyes económicas aparentemente autónomas. En el siglo XXI, con la expansión del capitalismo digital, esta lógica ha alcanzado un nuevo nivel: la tecnología, los algoritmos y las redes sociales han intensificado la alienación, convirtiendo a los individuos en productos dentro de un mercado de atención y datos. Este texto explora cómo la cosificación se ha profundizado en la condición electrónica, impactando el trabajo, la subjetividad y la vida social. Frente a este escenario, la lucha de clases sigue siendo, quizá, la única alternativa real para recuperar la humanidad perdida en la lógica mercantil del capital.

Lukács sostiene que la filosofía moderna nace dentro de una conciencia estructurada por la cosificación es decir, la tendencia a ver el mundo y las relaciones humanas como si fueran cosas objetivas e independientes del sujeto. Esto se debe a la estructura social del capitalismo, en el cual el trabajo y las relaciones humanas se convierten en mercancías. Aunque la cosificación también estaba presente en la sociedad griega, esta era parcial. En cambio, en la modernidad capitalista, la cosificación se vuelve total.

Kant introduce una transformación fundamental en la filosofía, en lugar de suponer que el conocimiento se ajusta a los objetos, propone que los objetos deben ajustarse a nuestra estructura cognitiva. Esta idea refleja una nueva forma de pensar en la que el conocimiento ya no es una copia pasiva de la realidad, sino que el sujeto juega un papel activo en su construcción. Desde Descartes hasta Leibniz, la filosofía moderna desarrolla la idea de que conocemos el mundo porque lo producimos conceptualmente. Así asume que el conocimiento válido es aquel que puede construirse racionalmente, como en la matemática y la física. En otras épocas, y en el ámbito de las religiones tales como en el hinduismo o el confucianismo, el pensamiento racional se limitaba a ciertos ámbitos y coexistía con una dimensión espiritual, trascendental o superracional. Pero en la modernidad, el racionalismo pretende ser *total*, lo que inevitablemente lo enfrenta con sus propios límites.

Para Lukács no hay objetos simplemente dados en la experiencia, sino que toda objetividad empírica es un producto de la relación dialéctica entre el sujeto y el objeto. Sin embargo, este enfoque choca con un problema, ¿qué es exactamente ese

sujeto-objeto? Si lo identificamos con el sujeto individual, caemos en una perspectiva ética subjetiva (como en Kant, para quien la moral es una cuestión individual o personal). Pero si reconocemos que la realidad externa es ajena al sujeto, terminamos con la dualidad insalvable entre sujeto y objeto.

Lukács señala que esta decisión es lo que hace que en Kant el mundo natural esté sometido a la necesidad y a las leyes físicas. El mundo moral (ético) está basado en la libertad, pero sin capacidad real de transformar la realidad. El resultado es que el sujeto queda dividido entre fenómeno (experiencia) y nómeno (lo en sí mismo inaccesible). Mantiene el mundo empírico como algo dado, que no puede ser producido por el sujeto. Su ética formalista (imperativo categórico) no puede generar contenido real, ya que solo ofrece reglas abstractas. La contradicción entre libertad y necesidad no se resuelve, sino que se traslada al sujeto mismo, quien está dividido entre el ámbito moral y el natural. Hegel ya había señalado esta contradicción al criticar la falta de contenido en la ética kantiana. Lukács recoge esta crítica y la amplía desde una perspectiva marxista.

La única manera de superar esta contradicción es a través de la práctica, pero no entendida de forma subjetiva (como en Kant o Fichte), sino como práctica social e histórica. No basta con un pensamiento meramente contemplativo que separa forma y contenido. No es suficiente con una ética formalista que solo establece reglas sin transformar la realidad. Se requiere una práctica que transforme la realidad misma, como la praxis revolucionaria del proletariado. La relación entre sujeto y objeto no es estática ni meramente contemplativa, sino dialéctica y en constante transformación. La clave para entender la realidad no está en la contemplación teórica ni en la moralidad individual, sino en la acción colectiva y material. Así, Lukács reinterpreta la tradición filosófica alemana, mostrando que el problema de la objetividad empírica solo puede resolverse en el terreno de la praxis revolucionaria donde la transformación social y material genera una nueva forma de conocer y de ser.

La cosificación en el capitalismo digital: tecnología y subjetividad mercantilizada

La cosificación en el contexto del capitalismo, según Lukács en *Historia y conciencia de clase*, es el proceso mediante el cual las relaciones humanas se transforman en relaciones entre cosas. Siguiendo a Marx y su análisis del fetichismo de la mercancía, Lukács argumenta que bajo el capitalismo, las interacciones sociales dejan de percibirse como relaciones entre sujetos y aparecen como relaciones objetivas, gobernadas por leyes aparentemente autónomas y racionales. Esto implica que las personas ya no se reconocen como agentes de estas relaciones, sino que experimentan el mundo social como algo externo e independiente de su acción. "La esencia de la estructura de la mercancía se ha expuesto muchas veces: se basa en que una relación entre personas cobra el carácter de una coseidad y, de este modo, una «objetividad fantasmal» que con sus leyes propias rígidas, aparentemente conclusas

del todo y racionales, esconde toda huella de su naturaleza esencial, el ser una relación entre hombres." (Lukács, 2021, p. 91).

Marx, en *El Capital*, señala que en el capitalismo la mercancía no es solo un objeto de intercambio, sino que adquiere una cualidad fetichista, porque oculta las relaciones sociales que la producen y aparece como un ente autónomo con valor propio. En sociedades pre-capitalistas, la producción estaba orientada al valor de uso, y las relaciones económicas aún conservaban su carácter personal (tal cual en la servidumbre o la esclavitud, en las cuales la dominación era evidente). Sin embargo, en el capitalismo, el intercambio de mercancías se convierte en la forma dominante de interacción, y, con esto, las relaciones económicas parecen operar con independencia de las personas. La mercancía no sólo transforma la economía, sino que configura toda la experiencia humana. Esta, por tanto, penetra todas las esferas de la vida, moldeando la cultura, la política y la ideología. Esto significa que los individuos comienzan a percibirse a sí mismos y a los demás como objetos intercambiables en el mercado, regidos por valores cuantificables y funcionales.

La cosificación hace que los trabajadores vean su propia actividad como algo ajeno, regulado por leyes económicas que parecen inmutables. Las relaciones de explotación y dominación se perciben como parte del orden natural de las cosas, dificultando la toma de conciencia sobre su carácter histórico y transformable. La lógica de la mercancía impone formas de pensamiento racionalistas, cuantificables y burocráticas que refuerzan la cosificación, haciendo difícil ver más allá de la estructura cosificada.

En la modernidad capitalista, la razón instrumental domina la vida social. Todo se mide en términos de eficiencia, costo-beneficio y productividad. Este enfoque convierte las relaciones humanas en cálculos, los trabajadores somos evaluados por métricas de desempeño, las relaciones sociales se gestionan como redes de contactos estratégicos y la educación misma se orienta hacia la adquisición de competencias rentables en el mercado. "En una economía mercantil completa, la actividad del hombre se le objetiva a él mismo, se le convierte en mercancía que, sometida a la objetividad no humana de unas leyes naturales de la sociedad, tiene que ejecutar sus movimientos con la misma independencia respecto del hombre que presenta cualquier bien para la satisfacción de las necesidades convertido en cosa-mercancía." (Lukács, 2021, p. 95).

De esta manera pensaba, por ejemplo, en ¿cómo influyen las aplicaciones de citas y las plataformas digitales en la forma en que nos relacionamos? En aplicaciones como Tinder o Bumble, las personas son presentadas como productos en un catálogo: deslizar a la derecha o a la izquierda equivale a aceptar o rechazar una mercancía. Aquí la interacción se vuelve cuantificable, reduciendo la complejidad del encuentro humano a un gesto mecánico y a criterios visuales estandarizados. Esto se vincula con la universalidad de la forma mercancía que menciona Lukács: en el mercado, los objetos (y, por extensión, las personas en estas plataformas) se igualan bajo una lógica de intercambiabilidad. Lo que importa ya no

es la singularidad del otro como ser humano, sino su valor dentro de un sistema de comparación y consumo.

La cosificación no solo se da en la forma en que se presentan las personas, sino también en cómo se establecen los vínculos. La interacción está mediada por algoritmos que optimizan la compatibilidad en términos de preferencias de consumo, replicando la lógica del mercado. Las aplicaciones seleccionan y organizan nuestras interacciones, reduciendo la posibilidad de encuentros espontáneos y profundos. Las personas construyen perfiles curados y optimizados para atraer "matches", generando una disociación entre la identidad real y la identidad mercantilizada.

En este sentido, el amor y la amistad, que tradicionalmente se basaban en el encuentro orgánico y en la construcción de relaciones complejas, ahora se ven mediadas por dinámicas que favorecen la eficiencia y la optimización, lo que puede llevar a una experiencia más superficial y desechable. Esto no significa que sea imposible construir relaciones auténticas a través de estas plataformas, pero sí implica que la lógica dominante tiende a mercantilizar los vínculos y a promover una interacción basada en criterios de intercambio y cálculo.

Lukács señala que en las sociedades pre-capitalistas las relaciones de producción eran relaciones humanas directas, mientras que en el capitalismo se convierten en relaciones entre cosas (mercancías). La fuerza de trabajo se convierte en una mercancía que el trabajador debe vender para sobrevivir. El trabajador tiene que representarse a sí mismo como poseedor de su fuerza de trabajo, es decir, se ve obligado a verse a sí mismo no como un ser humano con necesidades y aspiraciones, sino como un recurso dentro del sistema económico.

En el capitalismo contemporáneo, la relación con el trabajo ya no es solo una cuestión de necesidad, sino de identidad. La auto-explotación en el trabajo, la obsesión con la productividad pueden entenderse como una forma de cosificación extrema, el individuo internaliza su papel como mercancía y se convierte en su propio empresario. La entera vida de la sociedad se pulveriza en actos aislados de intercambio, lo que refleja cómo en el trabajo actual el individuo se encuentra cada vez más solo como en el trabajo remoto; empleos precarios que impiden la construcción de comunidades laborales estables.

Las empresas han perfeccionado la estrategia de vender a sus empleados la idea de que son parte de una "familia", un discurso diseñado para disfrazar la explotación con una falsa sensación de pertenencia. Bajo esta narrativa, se espera que los trabajadores sean leales, sacrificados y estén siempre disponibles, como si el vínculo con la empresa fuera afectivo y no puramente económico. Sin embargo, esta supuesta "familia" desaparece en cuanto deja de ser rentable: despidos masivos, precarización y sobrecarga laboral demuestran que, en realidad, los empleados no son más que recursos intercambiables dentro de la maquinaria productiva. Esta es una forma contemporánea de cosificación, en la que el trabajador ya no solo vende su fuerza de trabajo, sino que debe entregar su identidad y emociones al servicio de la empresa, en un intento de diluir las fronteras entre vida personal y vida laboral.

El capital termina pareciendo una cosa autónoma que genera riqueza por sí misma, ocultando la explotación real de los trabajadores. Hoy, esto se traduce en cómo la economía digital genera riqueza sin que la explotación sea evidente. Influencers, repartidores de apps, programadores tercerizados, todos trabajando en sistemas donde su rol productivo está oculto tras la "autonomía" del mercado. La idea de que cada persona vive en una burbuja digital personalizada, donde los algoritmos refuerzan su visión del mundo y limitan la capacidad de imaginar alternativas.

Como el derecho y la burocracia descritos por Lukács, el algoritmo se basa en reglas racionales y calculables que buscan sistematizar y predecir el comportamiento humano. No solo organiza la producción económica (automatización, optimización de procesos), sino que también estructura la interacción social (recomendaciones en redes, segmentación de usuarios, control del flujo de información). En este sentido, el algoritmo no es solo una herramienta técnica, sino una forma de reproducción de la lógica capitalista de control y previsibilidad.

Al igual que el obrero frente a la máquina o el burócrata frente a su labor administrativa, el usuario del capitalismo digital está condicionado por sistemas que limitan su acción a elecciones predefinidas. La experiencia se reduce a interacciones algorítmicas (ejemplo, redes sociales, sistemas de recomendación), en donde el comportamiento humano se transforma en datos procesables y predecibles. Esto genera una subjetividad moldeada por patrones de consumo e interacciones medidas y calculadas externamente.

La sociedad tiende a estructurarse en función de la lógica algorítmica, lo que refuerza estructuras de poder que operan de manera automatizada y descentralizada. Se amplifican desigualdades, pues quienes diseñan y controlan los algoritmos (grandes corporaciones tecnológicas) tienen un poder creciente sobre la información y la toma de decisiones colectivas. Al mismo tiempo, se naturaliza la idea de que los procesos sociales deben ser cuantificables y optimizables, eliminando espacios de incertidumbre o acción disruptiva.

¿Por qué? Porque los algoritmos y códigos traducen la realidad en estructuras discretas y cuantificables. Es decir, no solo las relaciones económicas se ven reducidas a números, sino también la vida social, el conocimiento y la subjetividad...

Máquina rota, hombre vencido

Me han hecho engranaje,
pieza de un motor sin dueño,
circuito programado para producir,
para consumir,
para venderme a mí mismo
como si fuera mercancía.
No soy mujer, soy función,
una ecuación en el mercado,
una línea en la hoja de cálculo del capital.

Respiro, pero no vivo.
Trabajo, pero no soy.
Mi esencia no importa,
no tiene precio en la bolsa,
no cotiza en la miseria del mercado.
Si no vendo mi fuerza,
si no me alquilo por horas,
dejo de existir.
Mis latidos son métricas,
mis pensamientos, datos,
mis deseos, gráficos de tendencias.
El algoritmo sabe lo que quiero
antes de que yo lo imagine,
y me lo vende envuelto en luces frías,
en ofertas sin alma.
El capital me parió esclavo
y me enseñó a llamarlo libertad.
Me vendieron la autonomía
mientras me encadenaban al reloj,
a la deuda,
a la ansiedad de no valer nada
si no puedo monetizarme.
Pero algo se agrieta,
algo resiste en las ruinas de mi carne,
porque no soy código,
porque no soy número,
porque el capital no ha podido borrar
la rabia en mis huesos,
ni el fuego en mis manos.
El capital me hizo máquina,
pero yo seré su fallo.
El capital me hizo sombra,
pero en la sombra germina la revolución.

"El tiempo lo es todo y el hombre no es ya nada, como no sea la encarnación del tiempo. Ya no importa la cualidad. La cantidad sola lo decide todo: hora contra hora, día contra día." (Marx, 2010, p. 309, citado en Lukács, 2021, p. 98).

La lucha de clases como alternativa a la cosificación

En las sociedades pre-capitalistas, las clases sociales no se identifican directamente por su posición económica, sino por su pertenencia a un estamento (nobleza, clero, burguesía, campesinado, etc.). A diferencia de las sociedades pre-capitalistas, el capitalismo no oculta la base económica de las clases sociales. En este sistema, las

clases emergen directamente de su relación con la producción y la propiedad de los medios de producción. Como señaló Engels, esto hace que el análisis marxista de la historia solo sea plenamente posible en el capitalismo, porque en este sistema la lucha de clases aparece de manera más evidente.

Mientras que en el feudalismo o en otras sociedades pre-capitalistas los intereses económicos estaban "ocultos" tras justificaciones ideológicas (religión, tradiciones, privilegios jurídicos, etc.), en el capitalismo los intereses económicos se vuelven el motor visible de la historia. La ideología sigue funcionando como un elemento de la lucha social, ya no solo como una máscara, sino como parte misma del conflicto. Lukács sugiere que esta lucha ideológica está ligada a la contradicción interna del capitalismo: su tendencia a la auto-disolución.

La conciencia de clase de la burguesía y el proletariado es dialéctica, mientras que otras clases (pequeña burguesía, campesinos) carecen de una conciencia de clase coherente. La conciencia de clase no es simplemente una cuestión de pertenencia a un grupo social, sino que es un proceso de desarrollo histórico y político. La conciencia de clase no surge automáticamente del lugar que se ocupa en la producción, sino que depende de cómo una clase comprende su posición dentro de las relaciones económicas y sociales y cómo actúa en consecuencia. Las clases se definen en relación con la totalidad al sistema (capitalismo). No es un estado estático, sino un proceso en constante evolución. La conciencia no es individual, sino colectiva; se desarrolla a través de la lucha de clases. Así, la conciencia de clase del proletariado y la burguesía son dialécticas porque depende una de la otra y se determinan mutuamente. En cambio, la pequeña burguesía y los campesinos carecen de una conciencia clara porque su posición en el sistema es ambigua y fluctuante.

A diferencia de la burguesía, el proletariado es la única clase que puede desarrollar una conciencia de clase revolucionaria. El proletariado, al ser la clase explotada en el capitalismo, tiene la capacidad de comprender la totalidad del sistema capitalista. Su posición dentro del sistema le permite ver no solo su propia explotación, sino también cómo funciona el sistema en su conjunto. La conciencia de clase proletaria no se reduce a mejorar su situación dentro del capitalismo, sino que tiende hacia la superación del capitalismo mismo. El proletariado debe desarrollar su conciencia a través de la praxis, la lucha política y la organización revolucionaria. La clase obrera no siempre es consciente de su papel histórico, por lo que necesita una organización (como el partido revolucionario) que la ayude a desarrollar esta conciencia.

A medida que el capitalismo se desarrolla, la burguesía pierde la capacidad de comprender su propia posición histórica. A diferencia de su fase ascendente, donde creía en su misión histórica con limpia conciencia, en su fase de decadencia su ideología se convierte en una lucha desesperada por ocultar la realidad de la sociedad que ha creado. Esto se ve en la forma en que la ciencia burguesa del siglo XIX intentó justificar o encubrir las contradicciones del capitalismo.

Con el tiempo, la burguesía reconoce ciertos aspectos organizativos del capital (sociedades anónimas, economía planificada), pero sin llegar a una verdadera conciencia de la naturaleza del sistema. La planificación dentro del capitalismo no resuelve la anarquía del mercado, sino que radicaliza sus contradicciones, lo que lleva a una crisis de la ideología burguesa y, en consecuencia, a una pérdida de su capacidad de dirección histórica.

Frente a la crisis de la ideología burguesa, la consciencia de clase proletaria emerge como un proceso de acumulación de fuerzas. A diferencia de la burguesía, que enfrenta la crisis como un proceso de descomposición, el proletariado encuentra en el materialismo histórico una herramienta para la comprensión de la sociedad y su transformación. Lukács insiste en que la verdad, lejos de ser neutral, es un arma en la lucha de clases.

Si el capitalismo digital ha llevado la cosificación al extremo, la única alternativa real no es resistir pasivamente, sino romper con la lógica del sistema. No basta con denunciar la alienación: hay que abolir la estructura que la genera. La lucha de clases no es solo un conflicto económico; es una lucha por recuperar la humanidad que el capital nos ha arrebatado. Es la lucha por superar la condición de mercancía y reconstruir una sociedad donde el trabajo, la identidad y la vida no estén sujetos a la lógica de la acumulación capitalista.

Frente a la fragmentación y la cosificación, el marxismo ofrece la única respuesta real: la revolución social como proceso consciente de transformación histórica. La praxis revolucionaria no es una idea abstracta, sino la acción concreta que permite a los trabajadores reapropiarse del mundo que han creado con su labor, pero que hasta ahora les ha sido expropiado. La cosificación nos reduce a mercancías. La lucha de clases nos devuelve nuestra humanidad.

Referencias:

- Lukács, G. (2021). *Historia y conciencia de clase*. Akal.
- Marx, K. (2010). *El capital: Crítica de la economía política. Volumen I*. Siglo XXI Editores.